



## Cuentos de mi taita

### "OJOS DE VER"

Por Nicomedes Santa Cruz

I  
**LOS** "ojos de ver" que tiene el perro son tan poderosos que llegan a presentir, con mucha anticipación y a gran distancia, la presencia de la muerte, así como a la víctima escogida. Han habido cristianos que en su afán por adquirir los extraños poderes del perro, sacaron la legaña acumulada en sus lágrimas y untáronla en los ojos; hecho lo cual fueron víctimas de alucinaciones, delirio y, finalmente, la cura...

II

En el pueblo de San Nicolás, las sombras de la noche resbalan desde el lomo gris de los altos cerros, hasta llegar a los pajizos techos de dos aguas, desdibujando el apacible caserío primero, y terminando por cubrirlo todo con su impenetrable negro. Todo, menos la choza de Pedro Patastargos, cuyas dos únicas ventanas despedían el débil alumbrao interior, como quien ilumina los ojos de una calavera metiéndole una vela dentro.

Domitila, sentada junto al fogón, cabeceaba un sueño ligero, despertaba sobresaltada y volvía a alimentarse el fuego para mantener caliente el puchero de su Pedro. Esta operación la venía repitiendo desde que sintió el toque de oraciones, pero ya era medianoche y su Pedro no llegaba a casa. Por enésima vez abrió la rústica puerta y miró por el largo camino que se perdía en el monte, pero apenas sus ilustros ojos podían divisar más allá de dos metros, después todo era obscuridad, silencio y niebla. Volvió a su asiento sin cerrar la puerta.

De pronto, el "Mocho", que dormitaba a sus plantas con el hocico entre las patas, levantó brusquemente la cabeza, paró las orejas y se asomó a la puerta, fija la mirada en el vacío de la noche cerrada, gimíó angustiado, se miró a su ama, miró afuera, se sentó sobre sus cuartos traseros y empezó a aullar como nunca antes lo había hecho.

Domitila, que había estado observando desde un comienzo la extraña actitud de su perro, creyó que merodeaba algún desconocido, pero por más que miró y remiró desde la puerta y a través de las ventanas no vio absolutamente nada. Sin embargo, el "Mocho" seguía lanzando aullidos escalofriantes.

III

Entonces tuvo la peregrina idea: Acariciando su fiel perro

fuera sólo por esa noche. Tanto insistió la pobre mujer, que el celador, quizá compadecido, accedió de buen grado.

Nuevamente vio Domitila en los ojos del "Mocho" la misma expresión alucinada de aquella trágica noche en que asesinó a su marido; y sin pensarlo dos veces, se untó los ojos con las lágrimas del perro.

Esa vez vio que el mismo sujeto que matara a su Pedro estaba ingresando a una vivienda en el caserío de Palo Alto, a un kilómetro de San Nicolás. Luego que penetrara en la casa desenfundó su machete y daba muerte a todos sus dormidos moradores: un matrimonio y tres menores hijos. Terminada su orgía de sangre, volcaba sobre el suelo y muebles el contenido de la lámpara de aceite y prendía fuego a la choza, para finalmente ocultarse en un cercano algarrobal y desde allí contemplar sonriente la acción del fuego que provocara su mano asesina...

Domitila gritó con todas sus fuerzas llamando al celador y refiriendo a éste, al sargento y a todos los que llegaron alarmados por su alboroto, el múltiple crimen que acababa de consumarse en Palo Alto. Salió una patrulla armada y de regreso trajeron un prisionero maniatado: era el sujeto que por dos veces vieran los clarividentes ojos de Domitila. Sin ninguna presión se confesó.

autor del macabro crimen de Palo Alto, así como también resultó autor del asesinato de Pedro Patastargas, en Quebrada Seca, por el que injustamente estaba purgado además, que en la muerte de Pedro había tenido por cómplice a su amante: Paulo, la dueña del Tambo.

Domitila fue puesta inmediatamente en libertad...

En el pueblo de San Nicolás, las sombras de la noche resbalan desde el lomo gris de los altos cerros, pasando de largo por sobre el pequeño caserío erigido a sus faldas, hasta cubrirlo todo con su impenetrable negro. Todo, menos la choza de Domitila Carranza, viuda desde hace catorce años; allí hay una luz que agoniza.

La anciana, noche tras noche repite la misma operación: coge con la yema de los dedos las gruesas lágrimas de su perro "Mocho", y humedece con ellas sus ojos. Luego mira en dirección al torruoso camino por donde sabe que algún día ha de llegar la muerte, y así permanece horas y horas, esperándola inútilmente.

Esta noche parece que sí... En efecto, ya llega... No, no, la ladres! Aduante, adelante venerable señora... Y, aquella noche, Domitila "Mocho", que viene por mí... Carranza cerró para siempre sus ojos cansados "ojos de ver"...



SONO MAYO '65